

Mi sonido más remoto

Myriam Moscona

*La poeta Myriam Moscona obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia de escritores para escritores 2012 por su libro *Tela de sevoya*, en que conviven distintos géneros —la narrativa, la poesía lírica, el ensayo— para recuperar la historia sorprendente y milenaria del ladino o judeoespañol. El texto siguiente es el discurso de recepción del premio leído por la autora en el Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México, en marzo pasado.*

Tomo prestadas las palabras que dijo María Zambrano en un momento también significativo para ella: “Para salir del laberinto de la perplejidad y del asombro, para hacerme visible y hasta reconocible, permitidme que una vez más acuda a la palabra luminosa de la ofrenda: la palabra gracias”.

Karo Antonio:

Kero eskrivirte en djudyo antes ke no keda nada del avlar de mis padres. No saves, Antonio, lo ke es morirse en su lingua. Es komo kedarse soliko en el silensyo...

Kuando se bozea tu lingua, kuando se deskae, kuando debes serrar los ojos, soliko en tu kamaretika i pensar por oras antes de trucher dos biervezikos a la luz, kuando no ai nada ke meldar en tu lingua, dinguno de tus amigos por avlarla kon ti, kuando el poko ke te keda no lo vas a dechar a dinguno despues de ti [...] saves ke la moerte avla por tu boka. La moerte avla por mi boka... A vedrá dezir, ya esto moerto yo.

Con estas palabras comienza un brevísimo libro en forma de carta que el escritor francés Marcel Cohen le dirige al pintor español Antonio Saura. El libro se llama *Letras a un pintor ke kreya azer retratos imajinarios*. Esas líneas desataron en mí algo que ya estaba activo: la necesidad de hacer algo con esa herencia, pues, como lo anoté en un cuaderno del 2004:

Desde que empecé a escribir poesía resuena en mí esta lengua que escuché en toda mi niñez. Es la lengua de mis muertos. Gocé el encanto de ser arrullada en ese español antiguo que subyace adentro, abajo, a través o en el revés del nuestro. Como una hoja de papel con marcas de agua y sobre ellas, añadidas, nuevos signos, así, vistas a trasluz, distingo las marcas al igual que el ladino o djudezmo lo hace a la luz del castellano actual.

Al emplear estos *biervos*, remuevo algo de la vida y de la muerte de esta lengua sin patria ni academia que durante quinientos años hablaron los desterrados. Es innegable el tiempo que me llevó aceptar, de cara a mi trabajo, las formas verbales que se articulaban entre mis

ancestros y yo, ese tiempo que me tocaba encarnar como la primera mexicana de un anónimo grupo de españoles, turcos o búlgaros que tuvieron al ladino como su lengua franca. Esa articulación es su lenguaje y ellos son costumbres, genes y, ante todo, mi sonido más remoto. Esta deuda es también una declaración de amor por lo que he perdido. Y algo más: un poner a prueba algo que nunca supe si podría recuperar a solas, casi sin ayuda de diccionarios. Como si lo que tuviera entre mis manos fuese la posibilidad de reconstruir algo que está debajo del olvido y despertarlo diera miedo.

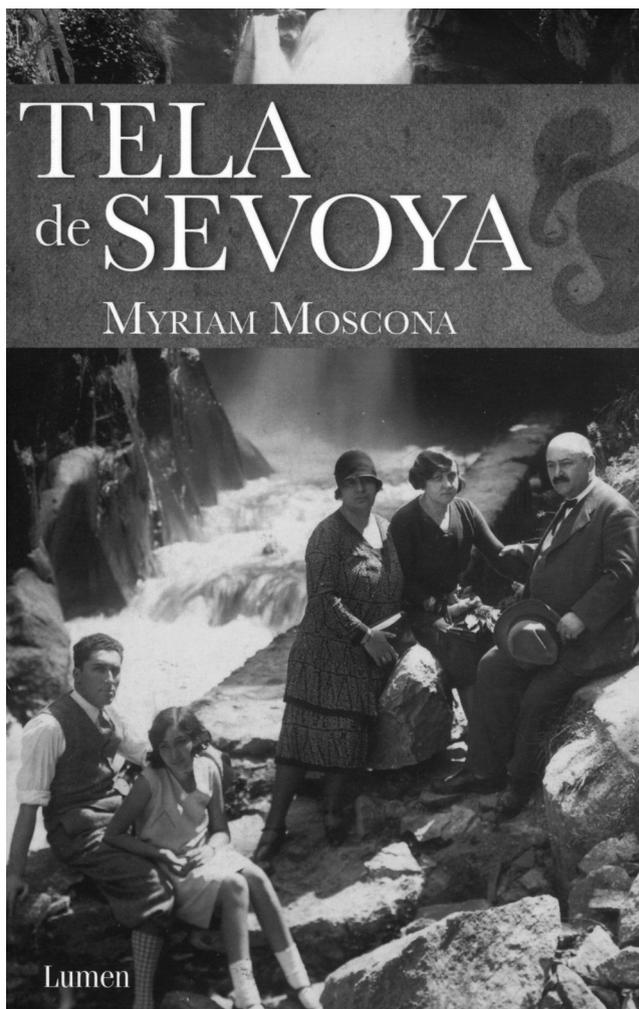
Con el ladino, ese español con ecos del Cid, del Quijote o del habla que todavía vive en algunas zonas rurales del país, puede escribirse poesía contemporánea o tratados de ciencia. No sé explicar por qué, pero la cadena de palabras en ladino es en sí misma una escala musical y, para mí, el espejo que me devuelve lo que Juan Gelman llamó en la introducción a su libro *Debaxu* “una ternura de otros tiempos que está viva y, por eso, llena de consuelo”.

Cuando en 2006 fui por primera vez a Bulgaria en busca de los últimos hablantes del judeoespañol no tenía la menor idea de que esas notas de viaje se transformarían en un libro en prosa, tampoco supe que estaba a punto de mordirme la lengua. Siempre dije “jamás escribiré una novela. No, no, qué va —yo ni muerta”. Tampoco sé si en verdad la he escrito y no me preocupa demasiado establecerlo. Sé que *Tela de sevoya* es un libro entre varias fronteras. La del español arcaico y el actual, así como la de los distintos géneros que conviven en el libro, pues no tuve el menor reparo en valermé de diálogos, entrevistas, poemas, testimonios, sueños, bitácora de viaje, cuentos familiares y una buena dosis de memoria e invención. Las fronteras entre la vigilia y el sueño, así como entre los muertos y los vivos también son las capas de esta *sevoya* que el jurado ha distinguido con el Premio Xavier Villaurrutia de escritores para escritores, premio con el nombre de un poeta que he leído desde mi juventud. De su *Nocturno amor* tomé las palabras para titular mi libro *El que nada*. La obra de Villaurrutia se desplaza entre los géneros, incluso entre las disciplinas. Quedarse quieto en un solo registro seguramente lo aburría. Villaurrutia formó parte y defendió otro estadio de minorías distinto al de las lenguas. Con la transfiguración que nos dio en su “Nocturno de los ángeles”, por ejemplo, donde con pasos leves o, para decirlo con Lezama, *con pasos evaporados*, habla de la homosexualidad en años condenatorios, me resulta conmovedor oírlo evocar a aquellos “que nadan de pie, tan milagrosamente, que nadie se atrevería a decir que no caminan... Son los ángeles que han bajado a la tierra por invisibles escalas”.

Hay otras escalas invisibles, cada vez más invisibles en el ámbito de las palabras, en la zona de las lenguas

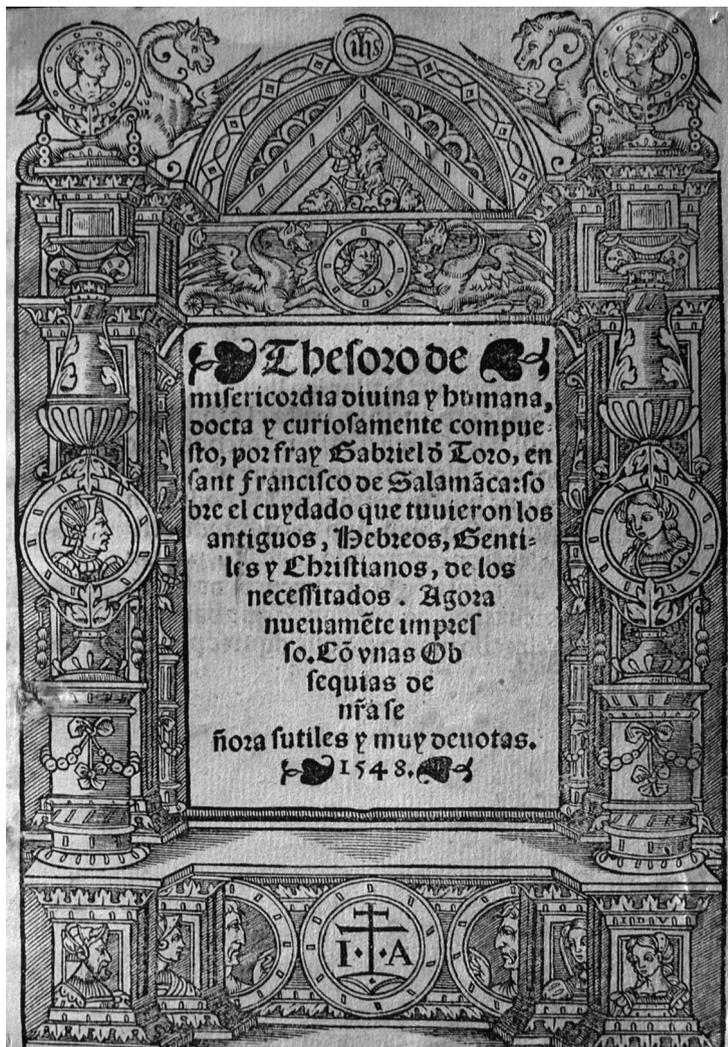


Myriam Moscona





Miguel de Silveira, *El Macabeo, poema heroico*, Nápoles, 1638, Bibliotheca Sefarad



Gabriel del Toro, *Thesoro de Misericordia divina y humana*, Salamanca, 1548, Bibliotheca Sefarad

que desaparecen por puñados en el mundo. Las lenguas son un patrimonio cultural y es el Estado el responsable de preservarlo.

De los más de sesenta grupos lingüísticos que existen en México, cuarenta y cinco están a punto de desaparecer. Los más conocidos: huichol, cora, tarahumara, triqui, yaqui, seri, chontal y lacandón. El idioma en mayor peligro de extinción del mundo está en México. Es un decir, pues para que una lengua esté viva necesita cien mil hablantes. Me refiero al zoque, de la familia de una de las lenguas más antiguas del continente, la hablada entre los olmecas hace tres mil años. Me refiero al zoque de Tabasco, no al de Chiapas, pues las variaciones lingüísticas, igual que en el ladino, se dan a pasto y se enriquecen y se ramifican. En el 2007, esa variante del zoque tenía sólo dos hablantes, pero estaban peleados, según leo en una nota de prensa, porque hubo una inundación en Tabasco, tuvieron una aguerrida discusión, seguramente se insultaron y nunca más volvieron a dirigirse la palabra.

Lo he dicho otras veces: cuando muere una lengua no sólo desaparecen sus palabras. Cada lengua es una visión del mundo única, insustituible, llena de particularidades. Una de las lenguas indígenas tonales, el mazateco hablado en Oaxaca, construye neologismos porque necesita adecuarse al tiempo. Para decir “helicóptero”, se usa el equivalente a “fierro que vuela en el aire”; para decir “teléfono”, “mecate de fierro”; igual que en ladino se máforo se dice “lampa de trafik”.

Por eso hoy, el día que recibo este premio, me gusta pensar que también se reconoce a ese español arcaico que subyace abajo del nuestro y que distingue a los sefaraditas. Leo a Villaurrutia a partir de esa luz, de esa clave: la de las lenguas que ya no escucharemos. Habla Villaurrutia:

Quando los hombres alzan los hombros y pasan [...]

cuando en la soledad de un cielo muerto
brillan unas estrellas olvidadas
y es tan grande el silencio del silencio
que de pronto quisiéramos que hablara [...]

o cuando todo ha muerto
tan dura y lentamente que da miedo
alzar la voz y preguntar “quién vive”

dudo si responder
a la muda pregunta con un grito
por temor de saber que ya no existo

porque acaso la voz tampoco vive
sino como un recuerdo en la garganta [...] **u**